

MANUAL PARA POLITÓLOGOS EN APUROS

Hace no mucho tiempo, nadie parecía saber qué diablos era un politólogo. Así, la gente, cuando escuchaba esa extravagante palabra, ponía invariablemente una cara de visible e inconfundible despiste, y su imaginación volaba sin ningún tipo de ataduras. La disciplina académica en el país tenía y tiene relativamente poco tiempo, y las primeras generaciones de graduados tuvimos que hacer las mil maravillas para explicarle a la gente que nos rodeaba qué era eso de ser politólogo.



peligros más comprometidos para un politólogo que pretende disfrutar de una fiesta. Este espécimen, ni bien se entera que hay un politólogo cerca lo acecha con sumo cuidado y, pese a las complejas y evasivas maniobras desesperadas que la víctima intenta para zafarse de su cazador, finalmente lo termina abordando.

El "Gran Opinador" es un individuo complejo, y su accionar suele consistir de dos partes claramente diferenciadas. En la primera intenta que el politólogo sepa todo lo que ha leído en su vida, en la que por supuesto ha leído cosas que al politólogo deberían interesarle y normalmente no le interesan. Luego de ilustrarlo sobre sus amplias lecturas, le descerraja sin previo aviso una pregunta de este tipo: "Ya que usted es politólogo...podría decirme cuál es la tendencia fundamental en los oscuros designios de la política mundial?" O ésta: "Me diría cual es su opinión acerca de los sucesivos replanteos en la ley de tabaco que se está discutiendo en las internas del partido gobernante en Mauritania?"

Mientras el "Gran Opinador" termina su alocución, el politólogo -que apenas ubica a Mauritania en el continente correcto- normalmente ya está con un vaso en una mano y con un canapé en la otra, mientras percibe por sobre la multitud, la sinuosa presencia de una rubia anónima que no deja de mirarlo, pero súbitamente recuerda la presencia del enemigo que lo contempla, ansioso por una respuesta por demás inteligente. Aquí le quedan dos chances: una, le contesta "ni idea", lo que generará la desilusión sorpresiva de nuestro "Gran Opinador", y la decadencia súbita de su apego a los politólogos en el mundo, o elaborar un discurso complejo y disparatado -sin ningún sentido, pero brillante- que nuestro peligroso individuo saludará con el significativo adjetivo de "muy interesante", para retirarse contento a la jungla fiestera.

Pero aún queda otro peligro: el "Avezado Político". Este hombre normalmente es un veterano dirigente político "medio", formado en aquella escuela que nos recordaba una publicidad política que acompañaba a José Pedro Damiani: Mundo, Experiencia y Calle. Éste es el más peligroso, pues su cometido es desacreditar lo más posible a nuestro joven politólogo, demostrando así que la política es un "arte" que él posee, y que el "aprendiz de brujo" apenas leyó cuatro libros y en realidad de la política práctica no sabe nada.

LA VERDADERA LABOR DEL POLITÓLOGO

¿A qué va todo esto? A que la gente todavía parece no saber a qué se dedican los individuos que han abrazado la Ciencia Política como disciplina académica.

La tarea fundamental y específica de un politólogo no es la de opinar en los medios de comunicación acerca de los sucesos inmediatos. Esto lo puede hacer cualquier ciudadano bien informado o cualquier periodista avisado, con igual o incluso mejor suceso que un politólogo. No nos forman para eso. ¿Que podemos hacerlo? Claro, yo también cocino tortillas y no soy cocinero, arreglo enchufes y no soy electricista, juego al fútbol y no soy futbolista.

La tarea de un politólogo es otra. Requiere de tiempos largos, de recolección de datos exhaustiva, de evaluación de los mismos, de construcción de tendencias de larga duración, de paciente y metódica dedicación metodológica para no olvidar nada, ni dejar nada sin considerar. Y además es incompatible con los tiempos que manejan los medios de comunicación de masas. El vértigo de la noticia y la opinión inmediata puede traer errores de apreciación y de falta de tiempo para evaluar y medir lo que hay que considerar, tornando algunos análisis demasiado apresurados, faltos de rigor científico y demasiado evidentes y esperables.

No obstante, y por suerte, contamos en nuestro país con un conjunto de politólogos por demás eficientes, que demuestran su valía y su profesionalidad en la publicación de documentos, libros y en congresos y conferencias por todo el mundo, que es donde hay que evaluar a la Ciencia Política, y no en los medios de comunicación, en donde apenas hay tiempo para pensar.

candidato a doctor en ciencia
política universidad
complutense de madrid

(*) pablo ney ferreira

Es que la palabra suena rara y la gente no asimilaba nuestras primarias y tímidas explicaciones, tendiendo invariablemente -en el mejor de los casos- a introducirnos en el mismo saco de los políticos profesionales.

Ahora, por suerte, por lo menos nos identifican y nos diferencian de los políticos competitivos gracias a la buena tarea de tantos colegas en los medios de comunicación de masas, que fueron creando con mucho trabajo un espacio de expresión profesional nada despreciable.

Finalmente, la gente parece haber dilucidado este extrañísimo enigma: ¿qué es esto de ser un politólogo? Semejante individuo -ahora sí, envuelto en una indiscutible aureola de infalibilidad y de saber universal- conoce todo lo que sucedió en la política a lo largo de toda la historia, y además sabe

todo lo que va a ocurrir de ahora en más. Así, este organismo encierra con holgura el conocimiento de los más intrincados misterios de la política internacional, de la local y hasta de la municipal.

Todos los textos jurídicos del mundo le son familiares, la más completa historia universal no tiene secretos para él, las más pequeñas historias locales y municipales no le son desconocidas, sostiene con valor y agudeza las más insosdables y sutiles perspectivas filosóficas sobre cualquier cosa que suene a política, y muchas cosas más. Menu-

Contamos en nuestro país con un conjunto de politólogos eficientes, que demuestran su profesionalidad en la publicación de documentos, libros y en congresos y conferencias

do personaje. En fin, él reúne en una sola e indivisible persona, la sabiduría política universal y hasta cósmica.

Ahora bien, esta ridícula percepción de la gente ocasiona no pocos problemas a los supremos e infalibles sacerdotes de la política universal, provocándoles peligros terribles, fundamentalmente en las recepciones y en las fiestas en general.

Allí, suelen aparecer peligrosamente una serie de personajes frente a los que el novel poli-

tólogo debe actuar con suma cautela. Veamos aquí algunos ejemplos de estos peligros que acechan al siempre indefenso e incauto pichón de politólogo.

LOS PELIGROS AL ACECHO

Existen múltiples riesgos para un politólogo en una fiesta. Estos peligros se acrecientan en forma directamente proporcional a la cercanía de algún evento electoral en cualquier lugar del mundo "conocido", y se vuelven prácticamente incontrolables cuando se está próximo a alguna elección de singular importancia en el lugar donde habita nuestro personaje.

Uno de los más normales es la "Señora de Apariencia Social Importante". Ésta siempre elegante y altiva señora, al conocer, mediante la siempre artera denuncia de uno de los comensales, que está frente a un politólogo, lo mira con asombro y simpatía como si alguien mirara a una especie de animal extraño de las selvas malarayas. Se diría que esa señora quisiera tenerlo en el living de su probable mansión, junto a la cabeza de rinoceronte disecada y al pétreo e inmóvil busto de gorila que adorna sus vitrinas de raros especímenes. Éste es de los peligros menos peligrosos, dado que la señora apenas reacciona luego de su mayúscula sorpresa, no atinando a emitir prácticamente ningún sonido razonable, limitándose en casi todas las ocasiones a mirar con asombro a semejante ejemplar.

El denominado "Gran Opinador" es de los